

El dilema del activismo antirracista en Cuba

José Hugo Fernández
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

Luego de haber desperdiciado la mejor coyuntura y las más idóneas condiciones materiales con que ha contado un gobierno a lo largo de toda nuestra historia para enfrentar radicalmente la miseria económica y la postergación social que sufren, desde hace siglos, los cubanos negros, el régimen de Cuba parece resuelto a seguir incurriendo en una de sus viejas aberraciones: la posesión monopolizadora del discurso antirracista.

Si algo trasluce el inmovilismo y la retrógrada negación de la dialéctica que hoy tipifican el quehacer de este gobierno, es justamente su insistencia en aplicar al debate antirracista la máxima dictatorial impuesta por Fidel Castro en sus *Palabras a los intelectuales* (1961): “Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada”. La situación se agrave con que desde entonces han transcurrido 52 años y, como bien se sabe, ninguna revolución dura tanto. Por lo menos ninguno de sus líderes se mantuvo en el poder tanto tiempo sin transformarse en reaccionarios los prístinos impulsos revolucionarios.

Todo lo que se diga o se haga dentro de Cuba en materia antirracista, debe contar de antemano con la bendición del discurso oficial. No importa cuán legítimos sean los fun-

damentos y cuán bien intencionadamente se proyecten. Basta que contravengan en algún detalle—o en alguna que otra expresión—lo que quiere escuchar el gobierno para que sean sentenciados como actitud revisionista o aun contrarrevolucionaria, cuando no cómplice o mercenaria al servicio del enemigo extranjero. Se trata de una rémora con la que venimos lidiando desde los primeros tiempos de la revolución, tanto en los aspectos políticos como socio-económicos, y que ha constituido factor de peso determinante en el agravamiento de la crisis que hoy padecemos, en sentido general, y particularmente en la que afecta a los afrodescendientes. Para colmo, por estos días se muestra como un despropósito ante los amagos aperturistas y reformadores del gobierno, por cuanto no sólo entorpece la búsqueda consensuada de una luz al final del túnel, sino que incluso está boicoteando el debate antirracista, al fomentar el desacuerdo y la desunión entre sus partícipes.

Aunque sus aspiraciones sean muy parecidas, los simpatizantes, estudiosos y activistas cubanos del antirracismo se están viendo arrastrados a la rivalidad irreconciliable (y a veces hostil), mucho más por la forma de sus enfoques que por sus sentimientos. Es una

circunstancia que duele y que, por su carácter perturbador y abiertamente nocivo para los intereses de la causa antirracista, debería ser rechazada por todos, al margen de los presupuestos políticos de cada cual. A fin de cuentas, lo que gravita en el fondo no es la cuestión política, aunque el racismo siempre ha respondido a resortes políticos. En nuestro caso, hoy, la cuestión que se dirime es sobre todo de poder.

Y conste que no estamos hablando de un poder corriente, sino de un sistema totalitario que ha gobernado ininterrumpidamente durante más de medio siglo, con estructura invariable, sin oposición de fuerza decisiva, sin contrapartidas legales, en un clima de paz y concordia interna, disponiendo, en suma, de un dominio absoluto sobre la totalidad de las reservas económicas y sobre el potencial socio-cultural de la nación. Es una realidad apodíctica —que no admite ser matizada o disfrazada— que ese poder, con absolutidad sin parangones en la historia de nuestro hemisferio, no hizo todo lo que debía y mucho menos todo lo que pudo por transformar esencialmente el vergonzoso legado del esclavismo. Tampoco es que en los últimos decenios los cubanos descendientes de esclavos no hayan dado pasos de avance (algunos, los menos, importantes, y otros, los más, relativos) en materia de reivindicaciones sociales. Pero apenas y desconcierta comparar los resultados de hoy con los enormes logros que hubiese podido propiciarles una administración tan estable durante tanto tiempo y con potestades tan excepcionales. Esta es una inferencia que el gobierno de la Isla desestima de forma tozuda e irracional, por lo cual la prensa y la historiografía oficiales, así como los estudiosos, académicos e intelectuales que abordan el tema antirracista desde las estructuras del Estado, se ven en el triste (y a veces ridículo)

papel de violentar la historia, interesados aún más en hallar justificaciones y rodeos que verdades concluyentes. Desde luego que existe para ellos la posibilidad de no entrar en este juego del poder, pero ejercerla públicamente significa pasar a las filas de los revisionistas, cuando no a las del bando de los enemigos de la patria y del socialismo. Resulta comprensible entonces que muchos se contengan y pongan límites a sus apreciaciones, pues tal vez concluyan que son más útiles en el rol de antirracistas manejables que en el de antirracistas sin empleo, sin foro legal y sin medios para airear sus demandas.

Claro que, dioses en la tierra al fin y al cabo, los del gobierno aprietan a sus voceros pero no los ahogan. Y parece que con el fin de facilitarles argumentos para que defiendan su apego al poder total, se han dedicado últimamente a la búsqueda de remedios a la precipitada, publicando libros, permitiendo estudios y patrocinando o apoyando publicaciones periódicas —aunque bajo control y en espacios especializados— que por décadas permanecieron encerradas con siete llave. Al mismo tiempo, dispusieron una revaluación de las limitaciones o de la abierta censura que pesara largo y tendido sobre manifestaciones religiosas con origen afro. También tiene lugar un repaso de la historia para la reivindicación de temas, acontecimientos y figuras relegados por los historiadores y por el sistema de enseñanza pública. Además, se abren espacios para organizaciones de la sociedad civil con interés especial en la historia y los asuntos de los descendientes de esclavos, elemento básico de la nacionalidad cubana que jamás recibió aquí la atención que requiere. Todo se impulsa a la vez y con muy notable apuro; todo a partir de la égida o de la férrea supervisión del gobierno; todo dentro de los límites que éste impone. Y desde luego que, a pesar de

sus poquedades, hay que agradecer la buena nueva. Lo que contraría, por ser vergonzantemente revelador, es constatar que todo se ha hecho en un brevísimo lapso comparado con las muchas décadas que dejó pasar el gobierno sin intentarlo siquiera. Además, ahora se lleva a cabo en medio de una crisis económica sin precedentes. De modo que si miramos, con un mínimo de rigor, las atenuantes que está facilitando el gobierno para su defensa, no sólo son agravantes en buena ley, sino que lejos de constituir una ayuda para sus defensores, los sitúa en la incómoda disyuntiva de pretender la validación en teoría de aquello que ahora mismo va quedando desmentido en la práctica.

Contradicciones como esta (y otras tantas) son las que al gobierno no le conviene que resulten examinadas desde su raíz. Y es por lo que incurre en la indolencia de mediatizar el debate antirracista, adormeciendo a sus activistas más leales y condenando a los que intentan salirse del redil, a la vez que atiza el resquemor de unos y otros contra los miembros de la oposición, cuyos exponentes del antirracismo no sólo deben sufrir la exclusión más rotunda en los eventos, foros y publicaciones que ahora están abriendo espacio al tema, sino que incluso son acosados, perseguidos y apresados por la policía política.

El dilema

El último caso de un activista cubano del antirracismo que se ha visto obligado a encarrar una de las aristas de este dilema impuesto por el poder, es el del escritor Roberto Zurbarano, intelectual de izquierda y funcionario estatal, que fungió como Director del Fondo Editorial de la Casa de las Américas hasta el día que tuvo la mala ocurrencia de criticar al gobierno nada menos que a través de las pá-

ginas del *New York Times*¹ y reprochándole que no haya sido capaz de revertir el pesado lastre del racismo para estar ahora impulsando pretendidas reformas que, en vez de beneficiar, perjudican de lleno a los cubanos negros y mestizos. Es otro capítulo de esa lastimera historia de abuso de poder que conspira aviesamente contra el debate antirracista. Y tal vez no me haga falta reproducir sus pormenores, pues, por suerte, el caso contó con una justa resonancia en los medios internacionales de información. Apenas me detendré en unos pocos detalles, estrechamente interconectados con el asunto que tratamos aquí.

Ante todo, es probable que la defenestración de Zurbarano en la Casa de las Américas (lo bajaron de directivo a simple analista) no haya sido dispuesta expresamente por la alta dirección del gobierno. Lo habitual en lances de este tipo es que sean las representaciones del Partido Comunista y de la administración al nivel de centro laboral, quienes, a veces con el (penoso) visto bueno de los propios compañeros de la víctima, se apresuren en hacer el trabajo sucio para demostrarle al poder superior cuán confiables son a la hora de aplicar la intransigencia revolucionaria. Es un rezago puro y duro de los viejos ejercicios de purga que hicieron furor en la Unión Soviética en la época estalinista y que jamás se han dejado de emplear en Cuba durante el extenso período de gobierno revolucionario, en todos los estratos y en todas las esferas de la vida política, sociocultural y económica. El poder se limita a trazar las pautas generales, las que implícitamente, podrían ser más o menos así: *quien está contra mí, está contra la patria; quien me emplaza con señalamientos críticos que me son adversos, está sirviendo a los enemigos del socialismo y es, de hecho, un cómplice de la gran potencia extranjera que pretende coartar la independencia y soberanía del país*. Una vez tra-

zadas y en circulación tales pautas, se imponen solas, por así decirlo. Cada dirigente mayor o menor, y en general cada individuo, sabe a qué atenerse, no únicamente ante el peligro de violar las pautas, sino también en cuanto a la actitud que deben asumir frente a quienes las violan, toda vez que ya lo dejó dicho el refranero: el enemigo de mi amigo es mi enemigo.

Otro aspecto que se interconecta con la saga de las purgas de corte estalinista y que también ha salido a flote en el caso de Zurbano, igual que en todos los demás relacionados con el antirracismo, es el doble discurso, o lo que es lo mismo, el discurso de doble moral que pone en circulación el gobierno, cuyo juego consiste en hacer creer (a quienes quieren y sobre todo a quienes les conviene creerlo) que está permitiendo la discrepancia y que incluso está interesado en fomentar un clima de debate abierto. Vehículos idóneos para esta jugarrera política suelen ser ciertas alegaciones de los activistas del antirracismo que actúan bajo el control del gobierno, en especial aquellos a los que estratégicamente se les ha creado una imagen de “protestones”, aunque siempre dejen convenientemente aclarado que proyectan sus protestas desde “dentro de la revolución”. En este caso, el ejemplo queda inmejorablemente ilustrado en una denuncia de Leonardo Calvo Cárdenas, historiador, periodista independiente y vertical activista del antirracismo desde las filas de la oposición política y pacífica. En su artículo “Todos contra Zurbano”², Calvo Cárdenas expone:

“Pocos días después de que el Dr. Esteban Morales, en el marco de un debate sobre el tema, hiciera un enardecido llamado a convertir la problemática racial en un motivo de discusión política en todos los ámbitos de la sociedad —bajo control del Estado—, se erige como uno de los críticos contra las valoraciones vertidas en el diario norteamericano

The New York Times por el destacado intelectual Roberto Zurbano, acerca de las particularidades y perspectivas de la situación social y económica de los afrodescendientes cubanos”.

O sea, donde Morales dijo digo, ahora dice Diego, porque carece de autonomía para defender lo que dijo hasta sus últimas consecuencias, pero tampoco puede quedar callado, pues el poder asumiría su silencio como aprobación del texto que lo está emplazando. Sin embargo, es obvio que no existen contradicciones de esencia entre las ideas antirracistas de Zurbano y de Morales, académico y militante del Partido Comunista que destaca como incondicional del gobierno, aunque también pasó ya por el mal rato de transgredir el discurso oficial y luego tener que retractarse bajo presión. Tal vez por esto último, Morales se ha sentido en la obligación de exagerar la nota en su riposta a Zurbano, al punto de negar la dialéctica, afirmando a priori y categóricamente que ningún cambio de liderazgo político en la Cuba de hoy podría beneficiar a los negros³.

Pero es que, de hecho, tampoco se observan contradicciones insalvables (al menos en su esencia antirracista) entre los planteamientos de Zurbano y de intelectuales oficialistas que saltaron en grupo a descalificar su texto, con la nada discreta intención de inducirlo a la retractación. El problema radica en los enfoques, como bien asevera el ya citado artículo de Leonardo Calvo, al valorar la bochornosa posición de estos intelectuales:

“Tal posición refleja con total nitidez cuánta desconexión de la realidad y de las actuales tendencias de interrelación social padecen los gobernantes cubanos y sus voces. No quieren, no pueden y no les conviene admitir que la modernidad, la prosperidad y la justicia se construyen sobre los cimientos de la independencia y el empoderamiento cívico,

económico y cultural de los individuos y las colectividades... Zurbano hace sus valoraciones sobre el presente y el futuro de Cuba, mientras que sus impugnadores establecen un diálogo justificatorio y auto complaciente con un pasado cuya realidad sesgan y manipulan a conveniencia, para sustentar la imagen de los revolucionarios salvadores supremos”⁴.

Tal vez sería oportuno precisar que esa actitud inmovilista y políticamente oportunista de los impugnadores de Zurbano⁵, no sólo es vieja hoy, luego de medio siglo de progresivas conquistas para el mundo y de enquistamiento reaccionario del poder en Cuba, sino que fue vieja y aun contrarrevolucionaria desde el mismo instante de sus inicios. Y también desde sus inicios viene pesando sobre la tragedia histórica de los cubanos descendientes de esclavos. Llama la atención que uno de los reproches que con mayor insistencia le dirigieron a Zurbano sea el de su juventud, la que, según ellos, no le ha permitido conocer cuál era la realidad de los negros y mestizos en Cuba antes del triunfo revolucionario. Como si la historia fuera como el café, que debemos consumir caliente y sólo por aisladas dosis cada día al levantarnos. Si no se tratara de una observación que desconcierta, por su mediocre superficialidad, sería risible. Pero tampoco está de más recordar que igualmente, desde los inicios del gobierno revolucionario y a lo largo de todo este medio siglo, siempre hubo antirracistas cubanos (y críticos del régimen en general) que pagaron muy caro el intento de contradecir el discurso oficial, incluso desde adentro de la revolución, a partir de lo que veían diariamente con sus propios ojos en las calles.

La única diferencia es que, en tiempos atrás, al gobierno no le resultaba difícil silenciar las voces emplazadoras, debido a la falta de intercomunicación que sufría el mun-

do en su conjunto y Cuba muy en particular. Entonces las purgas estalinistas y los voceros adiestrados en el arte de acallar a los rebeldes sojuzgándolos, eran tan frecuentes y escandalosas como en estos días o hasta más. Sólo que mayormente no trascendían al dominio noticioso. No obstante, más de un caso quedó registrado en nuestra historia. Y ahí permanecen inscritos, para no dejarnos mentir, ejemplos tan paradigmáticos como Walterio Carbonell, escritor revolucionario, diplomático, intelectual de izquierda y sobre todo un bocón y un antirracista irreductible, por lo cual tuvo que penar durante más de la mitad de su vida en el aislamiento, la incompreensión y la más dolorosa e injusta frustración profesional y personal.

Nadie, ni siquiera esos amanuenses oficialistas que pretendieron descuartizar intelectualmente a Zurbano, podrían negar hoy que la única culpa de Walterio Carbonell consistió en reclamar el reconocimiento de los aportes y aun del protagonismo del negro como elemento de cardinal trascendencia en la formación de nuestra nacionalidad, quien no obstante había sido (y es aún) colocado en un segundo plano por la mayoría de los historiadores. Por eso esencialmente —y no en nuestros días, sino en los inicios del gobierno revolucionario—, aquel antirracista sin dobleces lo perdió todo y tuvo que pasar el resto de su no corta ni fácil existencia en un anónimo rincón de la Biblioteca Nacional José Martí, menguadas al máximo las posibilidades para ejercer su activismo, ninguneado y, por si fuera poco, bajo el sambenito desacreditador de perturbado mental.

En el temprano año 1961, había publicado Carbonell *Cómo surgió la cultura nacional*⁶, un ensayo no sólo radical y alborotador (el más radical y alborotador de la historiografía cubana), sino también punto de partida inelu-

dible, al tiempo que herramienta básica para el repaso de temas y enfoques relacionados con los aportes determinantes de los esclavos a la formación de la cultura y de la nacionalidad cubana. Era (es) un estudio lúcido, desarrollado por un intelectual de izquierda que ni en ese momento ni en ningún otro posterior, a pesar del despiadado ostracismo al que lo sentenciaron, renunció a proyectar su visión desde los principios teóricos del marxismo y de la propia revolución cubana. Sin embargo, lejos de concitar al debate constructivo, imposter-gable, enriquecedor (aún más en aquellos días de clamorosas conquistas revolucionarias), el ensayo no reportaría más que malestares y desengaños para su creador. No disponemos de espacio para ahondar ahora en detalles acerca del libro de Carbonell. Valga entonces recomendar su completa lectura y también su relectura, pues se trata de uno de esos textos a los que debemos volver con devota insistencia, más aún cuando varias de sus propuestas conservan plena vigencia y esperan porque alguien acabe de interrumpir el largo sueño de los justos al que han sido condenadas.

Bastaría con recordar, sólo de pasada, que él propuso revisar el enjuiciamiento de los llamados “fundadores de la nacionalidad cubana”, todos blancos, una tarea que continúa pendiente. Asimismo, lanzó advertencias al aire que en el aire han quedado, por ejemplo:

“Es lamentable que la concepción colonialista de la cultura mantenga vigencia entre nosotros”. O esta otra, rabiosamente a tono con el asunto que tratamos aquí: “Porque la burguesía fundó su autoridad no sólo en el poder económico y político, sino también en el poder de las mentiras propaladas por sus hombres cultos. Y porque, además, muchas de esas mentiras son tenidas hoy por verdades, aun por aquellos que son revolucionarios, que han contribuido a liberar a nuestro país de la

dominación burguesa, pero que han sido incapaces de liberarse de todo el poder ideológico de la burguesía”.

Walterio Carbonell (1920-2008) murió en La Habana aislado, aplastado sin piedad y en angustiosa pobreza, pero apegado aún a la revolución, a la que amó sin condiciones ni reprobaciones, aunque también sin esperanzas.

Donde el dilema deriva en cruel tragedia

El punto clímax de este dilema que hoy sufre el antirracismo en la Isla se localiza entre los activistas de la oposición política y pacífica. También es pertinente ubicar en su contexto la prueba más rigurosa del papel que está jugando el poder en el levantamiento de un muro divisorio, infranqueable, entre los representantes cubanos del activismo antirracista.

Justo en los días en que los intelectuales afines al gobierno perdían su valioso tiempo confabulándose para obligar a Zurbano a morder el polvo de la retractación, Berta Soler, mujer negra, valiente activista del antirracismo y de la democracia y el progreso, líder de las nobles y pacíficas Damas de Blanco, era asediada en España por energúmenos vociferantes, organizados en mítines de repudio por la embajada de Cuba sólo con el propósito de que ni aún en suelo extranjero, ella pudiese proclamar libremente sus verdades. Ninguno de los antagonistas de Zurbano se dio por enterado de ese atropello infame. Evidentemente no era un asunto de su interés, a pesar de que mantener silencio y complicidad ante salvajadas tales, cometidas por demás contra una indefensa descendiente de esclavos, no es que no sea propio de auténticos antirracistas: ni siquiera es decente. Y no fue la primera ni de la única vez. Son frecuentes las pateaduras

que las Damas de Blanco (entre las que abundan negras y mestizas) sufren a plena luz del día en las calles habaneras, propinadas por la policía política y por las huestes paramilitares del gobierno.

Orlando Zapata Tamayo, uno de los cientos de miles de negros confinados en condiciones infrahumanas dentro de las cárceles del régimen, hizo huelga de hambre sólo en procura de un trato más civilizado por parte de sus carceleros y lo dejaron morir lentamente, durante 86 días, minuto a minuto, sin que al gobierno le importara y sin que un solo miembro de la intelectualidad antirracista del oficialismo moviera sus labios para pedir lenidad cuando menos. Pero una vez muerto Zapata, algunos de ellos se apresuraron a mentir públicamente, alegando que era un delincuente. No lo era, en modo alguno, pero ni aunque lo haya sido el detalle salvaría al gobierno y a sus voceros de la ignominia. Lo mismo ocurrió ante la prolongada huelga de hambre que protagonizara otro descendiente de esclavos, Guillermo Fariñas, opositor pacífico, psicólogo, periodista independiente, Premio Sajarov (2010) a la libertad de conciencia. O con el fusilamiento de tres jóvenes negros sin antecedentes violentos por el secuestro incruento de una embarcación para abandonar la Isla. Desde el primer día se supo que la muerte de estos jóvenes fue utilizada por Fidel Castro como fría estrategia de escarmiento. Por cierto, nunca más las relaciones entre los cubanos negros y el gobierno volverían a ser como fueron antes de aquella fecha siniestra: 11 de abril de 2003.

Por alguna razón (prejuiciada tal vez y sin duda mañosa) se ha estado pasando por alto el hecho incontrovertible de que cada vez es mayor el número de negros y mestizos que integran los grupos de la oposición pacífica en Cuba. De igual modo no se repara con frecuencia en el dato, revelador, de que varios de

los más destacados líderes de ese movimiento opositor son afrodescendientes. Desde luego que ello ha propiciado que el activismo antirracista aparezca como una constante entre los objetivos y las tareas cotidianas de la oposición. Resulta una verdad de Perogrullo que muchas de las iniciativas reivindicatorias adoptadas en los últimos tiempos por el gobierno o defendidas por los antirracistas que le son adeptos, no respondían sino al apuro por apropiarse de ideas y demandas de los antirracistas disidentes, quienes, a veces hasta sin proponérselo, van compulsando todo el tiempo al oficialismo, obligándole a la acción que asume, mucho más que por conciencia, por la prepotencia de no perder terreno ante el empuje opositor. Es otra muestra de que hoy en Cuba el antirracismo ha llegado a convertirse en una especie de manzana de la discordia (al menos desde la perspectiva del gobierno), donde no sólo está en juego el drama de los negros y mestizos, también el poder político, o es así como lo entienden sus detentadores.

La estela de abusos, intolerancia, injusticias, difamaciones, maltratos físicos y psicológicos, cárcel y marginación social que han soportado estoicamente los activistas cubanos del antirracismo opuestos a la política del gobierno, es algo que por sí solo bastaría para dudar de la transparencia del discurso oficial sobre el tema antirracista. La represión policial contra eventos e iniciativas antirracistas de carácter pacífico y con proyección incluyente, conforma otro largo capítulo de esta historia que, a fuerza de ser inaudita, debe resultar de muy difícil comprensión para quienes no han explorado a fondo la realidad cubana del presente.

Hace sólo unos meses, efectivos de la Seguridad del Estado impidieron a la brava que fuese celebrada, en La Habana, la segunda jornada del Foro Raza y Ciudadanía, organizado

por el Comité Ciudadanos por la Integración Racial (CIR), que tiene entre sus miembros a varios activistas negros sobresalientes dentro del movimiento de oposición pacífica y política. Precisamente el CIR es una de esas organizaciones (representativa, aunque no la única) que mantienen en permanente tensión al gobierno y a sus fuerzas represoras. No obstante, sus líderes no se niegan a intercambiar criterios y propuestas con el gobierno y mucho menos con los antirracistas del oficialismo. Son éstos quienes consideran enemigos a los del CIR y quienes no reconocen no ya sus razones, ni siquiera su derecho al activismo antirracista en forma legal.

Es absolutamente paradójico y desconcertador que esta organización resulte más respetada en el exterior que en Cuba. El CIR fue la primera organización civilista que desarrolló una audiencia en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), de la Organización de Estados Americanos (OEA), sobre los derechos de los afrodescendientes. Ha sido nominada por varias instituciones internacionales al Premio Rey de España de Derechos Humanos. Fue invitada a la Primera Cumbre Mundial de Afrodescendientes, celebrada en Honduras. Y en general ha establecido muy fructíferas relaciones de colaboración e intercambio con el movimiento internacional de promoción de los valores y derechos de los afrodescendientes. Mientras, en su propio país es despreciada, marginada y perseguida oficialmente.

Una de las acusaciones típicas que suelen endilgarle, tanto a los del CIR como al resto de los activistas antirracistas que actúan al margen del régimen, es que están conspirando contra la unidad nacional. No hay que esforzarse mucho para ver en tal acusación una coartada más esgrimida desde el poder para impedir o limitar al máximo que el debate an-

tirracista abandone los predios especializados del oficialismo y se expanda entre la población. Se trata, por supuesto, de una imputación que no resiste el más leve análisis. Nada conviene tanto a los auténticos antirracistas como la unidad de todos los cubanos negros y mestizos y en general de todos los cubanos. Al que nunca le ha convenido la unidad es al poder. No en balde alinea entre sus entramados la máxima “divide y vencerás”, que llega a ser recalcitrante, omnipresente y muy cruel cuando los todopoderosos se ven en decadencia y saben que su única carta para conservar el poder durante el mayor tiempo posible (que se abrevia por día) es imponer el acto de fe sobre la verdad científica.

Confianza ciega, nunca desprovista de oportunismo, conservadurismo y acomodamiento, de parte de sus intelectuales adeptos. Y condena sin clemencia y sin escrúpulos para todo el que intente poner en duda sus viejos mitos. Precisamente en la base de esta fórmula nefasta radica hoy el dilema que padecen el antirracismo cubano y sus activistas, unos más y otros menos, pero todos en suma.

Notas:

- 1-Zurbano, Roberto, “For Blacks in Cuba, the Revolution Hasn’t Begun,” *The New York Times*, 23 de marzo de 2013.
- 2-Calvo Cárdenas, Leonardo, “Todos contra Zurbano,” 10 de abril de 2013, <http://www.cubanet.org/>
- 3-Morales, Esteban, “La Revolución cubana comenzó en 1959,” *La Jiribilla*, Número 621, 30 de marzo - 5 de abril de 2013.
- 4-Calvo Cárdenas Leonardo, “Todos contra Zurbano,” *loc. cit.*
- 5-Ver dossier con los artículos de respuesta a Roberto Zurbano, *La Jiribilla*, ed. cit.
- 6-Carbonell, Walterio, *Cómo surgió la cultura nacional*, La Habana: Ediciones Bachiller (Colección Escribanía, Segunda Edición Corregida, 2005).